

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—CERTÁMEN POÉTICO CON OBJETO DE CONMEMORAR LOS TRIUNFOS DE LA RECIENTE CAMPAÑA DE AFRICA, por D. Francisco Flores Arenas.—EL PENSAMIENTO Á LOS VEINTE AÑOS, por Don Eduardo Serrano Fatigati.—CUENTOS FANTÁSTICOS, escrito en alemán por Erekann Chatrian.—SONETO, por D. Maximiliano Carrillo de Albornoz.—LA NIÑA DEL BOSQUE, por D. Eduardo Bustillo.—LEONOR, por D. J. A. M.—GEOGLÍFICO.

Certámen poético con objeto de conmemorar los triunfos de la reciente campaña de Africa.

En 16 de Febrero del presente año acordó la Real Academia Española este certámen extraordinario, redactando al efecto el correspondiente programa. Consistía el premio en una medalla de oro, 6.000 reales en metálico y 500 ejemplares de la obra, prometiendo además un *accesit* representado por la cantidad de 3.000 reales y otros 500 ejemplares. El día 2 de Mayo cumplía el plazo para recibir las producciones, y el 30 del mismo se señaló para proclamar en sesión pública y solemne los nombres de los favorecidos.

No menos que sesenta y cinco de aquellas llegaron á tiempo de entrar en concurso, sin contar entre ellas tres que fueron recibidas despues del plazo. No es ciertamente un grano de anís, y acaso nuestra historia literaria no presente otro ejemplo de igual fecundidad. Las musas españolas deben estar contentas si lo bueno fué como lo mucho. Sin embargo, esto hasta cierto punto pudiera presumirse, á juzgar por las palabras del resumen leído por el secretario de la Academia, donde se dice que la Corporacion solo en muy pocas de las obras dejó de reconocer estimables condiciones literarias, y en todas ellas vió que habían sido dictadas por el mas acendrado patriotismo.

Esta última circunstancia, así señalada, habrá podido servir de consuelo á los que no hayan obtenido la honra de ser premiados.

La Academia, "en la necesidad y aun en la obligacion de ser mas severa que en otro caso lo hubiera sido," hizo nuevos acuerdos respecto á los trámites de la calificación, resolviendo además no

limitar las recompensas á lo ofrecido en el programa, sino hacerlas extensivas á cierto número de menciones honoríficas, imprimiendo en coleccion las obras que por este concepto lo mereciesen, y dando cien ejemplares de la edicion á cada uno de los agraciados.

Hecho el escrutinio resultó adjudicado el premio á la obra que llevaba por título *La nueva guerra púnica*, su autor D. Joaquin José Cervino, y el *accesit* á la que escribió D. Antonio Arnao, y tenia por encabezamiento *La campaña de Africa*.

No conocemos ni una ni otra de estas producciones; pero ya en el título de la primera hemos aprendido algo; esto es, que la palabra *púnica* puede aplicarse á cosa de Marruecos. Nosotros habíamos creído que esa palabra solo se referia á Cartago y á Fenicia, y lo creíamos bajo la fé del Diccionario de la Academia; pero pues la misma Academia no ha creído que la voz así empleada fuese inconveniente ni absurda, acatamos el precepto y nos servirá de advertencia geográfica para en adelante, no sin recordar acá para nuestro capote al *Médico á palos*, cuando admirado aquel pobre hombre que le escuchaba al oír de su boca que el corazon estaba á la derecha y el hígado á la izquierda, se permite una tímida observacion, á la que él contesta que si bien antes era lo contrario, ahora los modernos habian arreglado la cosa de otro modo.

Reanudando, pues, el roto hilo de nuestra reseña, diremos que en efecto el acto solemne en que fueron proclamados los nombres de los favorecidos, fué honrado con la augusta presencia de SS. MM. la Reina y su esposo, presidiendo la Academia el Excmo. Sr. Ministro de Fomento, quien pronunció un discurso de convenientes formas, al que siguió el resumen de los trámites observados en el certámen, leído por el secretario perpétuo de la Academia; terminado el cual S. M. la Reina se dignó entregar por su propia mano el premio y los certificados á los que aparecieron haberlos merecido, dando el Sr. Cervino las gracias á la excelsa señora en un breve discurso que leyó conmovido. Con otro discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Presidente de la Academia se cerró el acto.

Hasta aquí la reseña, indispensable para conocimiento de aquellos de nuestros lectores que no estén al corriente de la historia de esta solemnidad

literaria, grande por su objeto, espléndida por la presencia de SS. MM. y de los altos funcionarios del Estado, importante por el número de los poetas que se habían lanzado á contender, amena en fin por los discursos en ella pronunciados.

Ahora bien, en la imposibilidad de ocuparnos de todas las obras que fueron premiadas, vamos á hacerle brevemente de una de las que obtuvieron mencion honorífica; esto es, de la oda que con el lema *Dios sobre todo* y epígrafe *A España*, escribió D. José María Ruiz de Somavía. Las especiales circunstancias de ser hijo de esta provincia y de honrarnos con su particular amistad, ya serian las bastantes á justificar esta preferencia, aun no teniendo en cuenta el mérito de su escrito.

La composicion del Sr. Somavía es en efecto una oda, con lo cual queremos decir que el autor, al tender sus alas y al desatar el vuelo de su mente, no camina ciego ni á la ventura, como tantos otros que toman los delirios y las extravagancias por sublimes arranques del genio. Nuestro poeta sabe á donde se propone ir y por donde va.

Por eso principia con una breve invocacion á España, á la que presenta bajo la bella imágen de una matrona que ostenta por escudo los valientes pechos de sus hijos, y por corona laureles inmarcesibles.

Ya la accion comienza. Veamos con qué rapidez y vigorosos toques nos presenta el origen de la guerra:

"De Ceuta al muro los ardientes ojos
Tornó, de orgullo henchido,
El fiero marroquí, y á sus hermanos
A hollar incita, vomitando enojos,
De Castilla el pendon esclarecido.
"Venid, venid; y como frágil caña,
De nuestro corvo alfange al golpe rudo
Salte en pedazos el honor de España.
¿Pensais que hierro agudo
Y tonantes cañones
A la venganza aprestará? ¿Os aterra
Su admirado valor? Miseria, triste,
Envuelta de su manto en los girones,
¿Empuñará la trompa de la guerra?"

Sentimos que el corto espacio de que podemos disponer nos impida el trasladar íntegro este razonamiento, que es sin duda un magnífico trozo de poesia.

Pero sigamos:

El marroquí, de salvajes hordas rodeado,

"Como sacre de buitres carniceros,"

quebranta el blason de España. Alzase un grito de venganza y de guerra que desde el Manzanares cunde como eléctrica llama hasta los últimos límites de la península, y la formidable sombra de Pelayo repite este santo grito, agitando el rayo de la victoria por entre las asturianas breñas. Los guerreros corren al combate.

"Ya raudas naves
Apréstanse de Cádiz opulenta,

De Algeciras y Málaga en el puerto;
Y ya, de auras suaves
Al soplo bienhechor, las olas hienden,
Que avaras de vengar la indigna afrenta,
Hirviendo rujen y en furor se encienden."

Brillantes són las descripciones de los combates que precedieron á la toma de Tetuan. El jóven poeta con su vigoroso pincel diseña á grandes rasgos aquellos hechos heróicos, aquellos prodigios de valor, de sufrimiento, de magnanimidad. No podemos seguirlo aquí paso á paso, porque una cita aislada no haria mas que truncar la belleza del conjunto. Mientras, como esperamos, nos es dado trasladar íntegra la obra, terminaremos esta breve reseña, copiando el trozo con que aquella finaliza:

"Suplicante

De Guad-Ras tras la rota memoranda,
Paz á tus piés demanda
Postrado el marroquí. Cede á su ruego
Benigna y grande, el manantial fecundo
De las iras cegando y los horrores;
Y en plácido sosiego,
PAZ! resuenen los ecos voladores,
Y PAZ! repita la creacion entera.
Convierte la guerrera
Trompa en laud: á sus tranquilos lares
Tornen orlados de laurel tus hijos,
Que rigores y azares
Arrostraron sin término prolijos.
Tornen; y sepultada en el Averno
De los partidos la incendiaria tea,
Amiga union y plácido reposo
La edad renueve de Saturno y Rea.
A las artes y ciencias premio honroso,
A la industria mercedes, odio eterno
A los traidores y oprobiosa muerte;
Y respetado y fuerte
De amor centellas y bondad difunda
El áureo cetro de Isabel Segunda."

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL PENSAMIENTO A LOS VEINTE AÑOS.

La forma y el color.

Hé aquí las dos principales maneras con que un cuerpo afecta á nuestros sentidos y nos da á conocer sus propiedades y su naturaleza.

Sin caer en un grave error, puede asegurarse que los colores representan mejor que la forma, la belleza estética, en tanto que esta es la mas genuina expresion de la simetría y de la regularidad.

Por eso ámbas cosas, forma y color, belleza y simetría, guardan estrecha relacion con la naturaleza del cuerpo que nos manifiestan, indicándonos generalmente por medio de sus transformaciones, las que sufre el objeto en su esencia.

Y no solo encontramos estos fenómenos en el mundo físico, sino que los vemos repetidos de una manera análoga en el mundo de la inteligencia, es

decir, en la esfera de accion que puede recorrer el hombre como ser compuesto ó dual.

La imaginacion se nos manifiesta por su *color*, esto es, por la manera con que pinta los objetos que el mundo presenta á su alrededor; y la inteligencia en su conjunto se nos revela por su *forma*, es decir, por su pensamiento dominante.

Desde los primeros tiempos, y atendiendo á ciertos caracteres físicos y morales, el hombre señaló varios períodos en su existencia, dándoles nombres arbitrarios, y acomodó á esta clasificacion todos sus conocimientos sobre el *te ipsum*, tan enorgullecido al compararse con los demás seres de la naturaleza.

Satisfecho de su obra, creyó inútil su perfeccionamiento; y las consabidas voces de juventud, virilidad y vejez, han sido siempre religiosamente aceptadas, sin desentrañar su fondo.

Y sin embargo, ¡cuántas divisiones secundarias admitimos en el uso comun para comprender mejor el corazon humano! y ¡cuántos errores propalados de buena fé, cuántos tempranos desengaños por no atender á esas edades!

Porque en cualquiera sociedad, y mucho mas en la que vivimos por suerte ó por desgracia, la naturaleza del hombre es un arco iris que nos presenta á cada instante una nueva luz y un nuevo color favorito. Pasiones terribles por su fuerza, deseos incasantes y nuevos placeres, suceden á los agostados en un año; y la planta ya mustia de nuestra esperanza suele reverdecer en el espacio de un solo mes.

Estas alteraciones, segun nuestra teoría, se manifiesta por mutaciones de pensamiento; pero no de esos pensamientos variables que nacen en un dia para morir al siguiente, sino de ese pensamiento fijo y siempre despierto, que es nuestra pesadilla en cada período de la vida: pensamiento al cual sacrificamos todas las preocupaciones del dia, todos nuestros caprichos y momentáneos placeres, y que cultivamos con una exaltacion religiosa dentro del corazon, hasta que se realiza ó es borrado de la inteligencia por otra edad, ó por otro pensamiento con distinta manifestacion.

Si, pues la imaginacion y la razon son los mantiales seguros de las acciones del hombre en cada edad, acudamos á ellas para cumplir con el epígrafe de este artículo.

A los quince años, cuando está para rasgarse la blanca túnica de inocencia y pureza que la naturaleza arrojó sobre nuestros hombros al nacer; cuando el hombre quiere empezar á ver el borrascoso mar que le rodea, se presenta como pensamiento fijo y único el amor; el amor puro, sin deseos materiales, sin objeto, sin determinacion, casi sin esperanza.

A ese pensamiento favorito se sacrifican todos los pensamientos futuros, todas las felicidades del momento, todos los ídolos de oro que mecian la imaginacion durante un dia, toda la alegría en fin, que lleva consigo esa edad hermosa.

El amor así presentado, es, por lo tanto, la forma moral del hombre de quince años, forma tan indeterminada como la física que empieza á adquirir su desarrollo y á fijar sus perpétuos límites.

Pero trascurrido ese período, mas ó menos extenso segun los caracteres y temperamentos, aparecen los veinte años con su fisonomía propia, con sus formas pronunciadas, con sus deseos concentrados, con la síntesis hermosa de todo lo que ha de ser la vida del hombre.

A los veinte años, ostenta ya el cuerpo las formas con que se ha de presentar en adelante; pero suavizados los contornos, brillantes con el exceso de juventud, y animados con la fuerza de la vida, que todavía conserva los vestigios de su impulso creciente.

Y al mismo tiempo el pensamiento toma su color y su forma propia y busca en todas las pasiones, ideas y placeres para cultivarlos con esperanza, para amarlos con el delirio de la fé.

La ambicion pura y desinteresada, la ambicion general, absoluta, sin límites ni condiciones, sin avaricia y sin generosidad, es el pensamiento, tipo de los veinte años que encadena todos nuestros deseos del momento, para dirijirlos y encerrarlos dentro de ese vasto cauce que arrastra y fascina á las tres cuartas partes de la humanidad.

Y observemos aquí la estrecha armonía, ó mas bien diríamos simetría que se observa en la marcha del pensamiento y en los fenómenos de la imaginacion, en esas dos grandes mitades de la vida, cuya valla son los cuarenta años.

Los quince presentan en la cabeza y en el corazon las mil locuras del amor platónico y espiritual.

Los cuarenta dan culto tambien al amor; pero al amor meramente sensual; al amor de cuerpo y de placeres.

Los veinte son, por decirlo así, el preludio de la ambicion desinteresada.

Los cincuenta colman la medida de la ambicion imperiosa ó intransigente, que tiende á convertirse en avaricia.

A los veinte y cinco, concretamos nuestros deseos, aspirando como última salvacion á una medianía; pero á una medianía cubierta ligeramente de ilusiones.

Pasados los cincuenta, se dedica tambien el hombre á un solo objeto; pero ese objeto está vestido de desengaños y va cubriéndose con el sudario de la muerte.

Y ese mismo enlace de fenómenos, prueba claramente la verdad de nuestra teoría, aplicada á la edad que hemos presentado como tipo.

La ambicion es la pasion, síntesis de todas las demás pasiones, y la que contiene en sí misma el gérmen de todas las manías que absorben la vida de un hombre.

La ambicion por lo tanto es una doble transicion de lo material á lo espiritual y de lo espiritual á lo material.

El amor, espiritual al principiar la pubertad se determina y se fija á los veinte años, tomando el aspecto complejo de alma y cuerpo, que es su verdadera expresion.

La sed de gloria, por el contrario, se ostenta en todo su desarrollo sin aspiraciones mundanas, brillante como el sol, cuya luz quiere fijar en su mi-

rada, y pintada de hermosos colores que cubre el azul de un cielo esperado.

Las riquezas, deseadas como medios de ejecución, no se presentan con su acompañamiento de miradas escudriñadoras, de miseria y de locura.

El poder, los placeres y el lujo, también dejan percibir su aliento abrasado en la frente del hombre de veinte años; pero son plantas que nacen y no se han desarrollado, niños que sujeta la mano fuerte de la razón, criados sumisos que doblan la rodilla ante la idea síntesis que impera.

Hé aquí, pues, como á los veinte años el amor se materializa, la ambición del espíritu domina casi absolutamente, y el baño material que la prestan las demás pasiones sociales, está embotado por un corto tiempo para dar origen á la terminación de la edad y de sus exigentes aspiraciones.

Pero ¿podrán determinarse precisa y circunstanciadamente los límites de esta época de la vida y sus transiciones graduales? La analogía que según hemos visto existe siempre entre el espíritu y la materia, nos prueba que no. En esa serie de colores diseminados, en esa escala cromática de la inteligencia, es imposible hallar un punto aislado y sin conexión, como es imposible hallar en el crepúsculo la separación completa del día y la noche, como es imposible en una flor sorprender el instante preciso de su total desarrollo y de su decrecimiento.

Los análisis en los fenómenos morales nos aproximan á la verdad; pero nuestra inteligencia solo halla la armonía en los hechos aislados y no en el conjunto. Y es, que cuando la razón se estudia á sí propia, ha de presentarse necesariamente de un modo distinto del que es en sí, puesto que es una síntesis y nosotros buscamos un análisis.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

CUENTOS FANTASTICOS

ESCRITO EN ALEMAN

POR ERCKANN CHATRIAN.

(CONCLUSION.)

—Nunca he conocido un hombre mejor, ni mas entendido en todas las cosas, ni mas íntegro y respetable que el juez Zacarías Sciler. En otro tiempo cuando le llevaba los partes que yo habia escrito, todo eran elogios, y á él debo mi ascenso... Pero, añadia hablando con su mujer, creo que pierde la cabeza.... el otro día quiso ayudarme á construir la choza de los abejarucos... le ha entrado una actividad muy extraña.... Y luego se pone á limpiar la paja con Carlota en medio de todos los aldeanos que se rien de él... A la verdad, Cristina, esto no es propio de tal personaje; yo no me atrevo á decirselo; pero ¡su clase es tan superior á la nuestra!... Mas todavía; quiere obligarme á recibir una pen-

sion.... ¡Y qué pension!... ¡cien florines mensuales!... ¿Y el vestido de seda que da á Carlota para el día de su cumpleaños?... aquí no se llevan vestidos de seda, ni un vestido de seda está bien en la hija de un guarda.

—Déjale, contestaba Cristina, con un poco de leche y de miel se contenta.... se conoce que le gusta estar en nuestra casa; es muy natural; en el pueblo está solo con su ama de llaves... en tanto que aquí Carlota le cuida.... ¡y él charla con ella que es un portento!... ¿Quién sabe? quizá acabará por adoptarla.... y si muere la dejará una buena parte de su fortuna.

El guarda sin saber á qué atenerse, se encogía de hombros; su sensatez le hacia entrever algun misterio; pero no llegaba ni á sospechar la locura de Zacarías.

Además una mañana vió bajar por la cuesta del Bigelberg un carro cargado con tres grandes toneles de vino rancio de Rikevir.

De todos los regalos que habrian podido hacerle, este era el mas agradable para él, pues Yeri Foerster era aficionado como nadie al buen vino "que calienta" como él decia.

Cuando probó el que acababa de recibir, no pudo menos de exclamar:

—El señor juez es el hombre mejor que hay en el mundo.... ahora nos llena la bodega.... Carlota anda á cortar las flores mas bonitas del jardín... todas las rosas.... ¿oyes?... los jazmines mas hermosos.... harás un ramillete, y cuando venga, se le presentarás tú misma.... ¡Dios mío!... ¡qué vino! ¡qué fuego!... ¡Con que en fin tendré toneles de buen vino en mi bodega!... Hace veinte años que lo deseaba.... Carlota.... Carlota, despáchate; ya le veo venir con su caña.

—Voy, padre mío.

En efecto, el juez aparecía á la sombra de los abetos, andando con paso rápido.

En cuanto Yeri le distinguió, gritó alzando su copa:

—¡A la salud del mejor hombre que conozco! ¡A la salud de nuestro bienhechor!...

Y Zacarías se sonreía.

Cristina preparaba la comida con el mayor esmero... una liebre estaba en el asador, y se oía un gran movimiento en la cocina.

Los ojos del juez chispeaban de satisfacción; mas cuando vió á Carlota con su basquiña encarnada y los brazos desnudos hasta el codo corriendo por la huerta y cogiendo flores; cuando la vió aparecer con su grueso ramillete, que le presentó humildemente, con los ojos bajos y diciendo: "Sr. juez, ¿quereis aceptar este ramillete que os regala vuestra Carlota?" entonces sus venerables mejillas se pusieron de color de grana, y como se bajara para tomarle la mano, la dijo:

—Oh! no, mi querida niña.... aceptad de.... vuestro mejor amigo.... un beso mas tierno.

Y la besó en sus mejillas sonrosadas.

El guarda riéndose á mas no poder, exclamó:

—Sr. Sciler, venid á sentaros á la sombra de las acacias.... venid á probar vuestro vino.... Ah! ¡ra-

zon tiene mi mujer en decir que sois nuestro bienhechor!...

Zacarías se sentó delante de la mesa de abeto, al aire libre, con su caña apoyada en la pared, teniendo en frente á Carlota y á su padre á la derecha, y se sirvió la comida.

Entonces el juez comenzó á tratar de sus asuntos futuros.

Tenia hechos ahorros, y de su familia habia heredado una buena fortuna. Quería comprar un gran pedazo de bosque cerca del valle.... y construir una casa rústica.

—Estaremos siempre juntos, decía á Yeri... vosotros en mi casa.... y yo en la vuestra.

Cristina llegó á sentarse, y se habló de diferentes cosas. Carlota parecia estar contenta, y Zacarías se imaginaba que habian penetrado sus intenciones.

Así se pasó el tiempo, y cuando llegó la noche, cuando hubieron festejado debidamente el rikevir, la liebre y los *koechlen* con canela, Zacarías, muy contento y entregado á las mas risueñas ilusiones, subió á su cuarto aplazando para el otro dia su declaracion, y no dudando que seria bien recibida.

Tenia el ramillete de Carlota en la mano, y cuando estuvo solo se puso á besarle, llorando como un niño y murmurando:

—Zacarías.... Zacarías.... serás el mas afortunado de todos los hombres.... vas á rejuvenecer.... y quizá, quizá.... si Dios quiere, renacerás en un pequeño Zacarías ó en una bonita Carlota, que vendrá á saltar sobre tus rodillas y á acariciarte con sus manitas de color de rosa.

A este pensamiento, el buen hombre se sentó lleno de esperanza; mas de una hora se quedó meditando, con el codo apoyado en el marco de la ventana, los ojos muy abiertos, oyendo como cantaban las ranas á la luna en el valle silencioso.

Al fin se acostó á la una de la madrugada, y se durmió como un bienaventurado.

Por esta época del año los montañeses del Harberg, de Kusnacht y de las otras aldeas de las cercanías, bajan de sus montañas antes de amanecer para segar las crecidas yerbas del valle.

Entonces se oyen en la noche sus cantos monótonos que acompañan en cadencia al movimiento circular de las guadañas, y se oyen á lo lejos las voces de las mozas y de los mozos que se rien en el silencio.

Es una armonía extraña, sobre todo cuando la noche es clara.... y brilla la luna.... y las gotas de rocío que caen del cielo producen sobre las hojas de los árboles un inmenso y suave murmullo.

Ahora bien, Zacarías no oía nada de todo esto, pues dormía con toda su alma, cuando un puñado de guisantes arrojados sobre los vidrios, le despertó sobresaltado.

Prestó atencion y oyó fuera al pié de la pared un "Chist!... Chist!..." murmurando tan bajo, tan bajo, que parecia como el roce de un pajarillo....

Sin embargo, el corazon de Zacarías se estremeó.

—Qué es eso? se dijo.

Despues de una larga pausa, una voz suave.... tierna.... repuso:

—Carlota!... Carlota!... soy yo!...

Zacarías comenzó á temblar, y como escuchara con los ojos abiertos cuan grandes eran, el emparado se agitó contra los vidrios, una persona subió con tiento.... luego se detuvo y se puso á mirar al interior del cuarto.

Entonces el anciano indignado se levantó y abrió la ventana, que el desconocido saltó al instante.

—No tengas miedo, Carlota, exclamó; vengo á anunciarte una buena noticia; mi padre estará aquí mañana.

Y como no recibiera contestacion, pues Zacarías con mano trémula encendia la luz, añadió:

—Dónde estás, Carlota?

—Aquí, repuso el juez volviéndose pálido como un difunto mirando á su rival.

Era este un hermoso jóven, esbelto y alto, con ojos negros muy expresivos, mejillas morenas, labios muy rojos sombreados con un ligero bigote, y con el ancho fieltro del pais inclinado á un lado.

La aparicion de Zacarías le sorprendió hasta el punto de dejarle inmóvil.

Mas como el juez elevaba la voz, exclamó asustado:

—¡En nombre del cielo, no griteis, no soy un ladrón.... amo á Carlota!...

—Y.... ella.... ella?... preguntó Zacarías.

—Ella me ama tambien.... Oh! No teneis nada que temer si sois de su familia.... Nos hemos desposado en las fiestas de Kusnacht.... Los desposados del Entlibach pueden visitarse de noche.... es una costumbre establecida; lo saben todos los suizos.

—¡Yeri Foerster.... Yeri.... el padre de Carlota no me habia dicho nada!...

—Porque ignora todavía nuestros desposorios, repuso el jóven hablando mas quedo; cuando yo le pedí su permiso el año último, me dijo que esperaba.... que Carlota era muy niña aun.... y nosotros nos hemos desposado á escondidas.... Únicamente como yo no tenia el consentimiento de Yeri.... no venia de noche.... hoy es la primera vez.... Veia á Carlota en el pueblo los dias de mercado... pero el tiempo nos parecia bien largo á los dos.... tanto que he concluido por decírselo todo á mi padre.... quien me ha prometido ver á Yeri mañana.... Qué quereis? yo sabia que esto la gustaria tanto á Carlota, que no he podido resistir al deseo de darla la noticia.

El pobre viejo cayó sobre una silla y se cubrió el rostro con ámbas manos como abismado en su dolor.

Ay! cuánto debió sufrir!... ¡qué pensamientos tan amargos debieron atravesar el alma de aquel hombre de bien!... ¡qué desengaño tan terrible después de tan bellas esperanzas!

En cuanto al jóven montañés, tampoco estaba muy tranquilo; apoyado en la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho, se decía:

Si viene el viejo Foerster, que no sabe nuestros desposorios, me matará sin querer oirme....

Y miraba hacia la puerta prestando el oído al menor ruido.

Al cabo de algunos instantes, Zacarías, alzando la cabeza como si saliera de un sueño, preguntó:

—Cómo os llamais?

—Karl Imant.

—Cuál es vuestro oficio?

—Mi padre se promete que me darán su empleo de guarda-bosque en Grinderwald.

Hubo una larga pausa; Zacarías miraba al joven con envidia.

Os ama mucho, ¿no es verdad? repuso con voz trémula.

—Oh! sí, nos queremos con delirio.

Entonces el juez, echando una ojeada á sus pier-nas descarnadas y á sus manos surcadas de grue-sas venas, murmuró:

—Sí... debe amarle mucho.... ¡Es joven y her-moso!...

Y volvió á inclinar su cabeza muy abatido.

De repente se levantó y fué á abrir la ventana.

—Joven, sois muy culpable, exclamó; no sabeis cuanto mal me habeis hecho... Habriais debido ob-tener el consentimiento del padre.... pero podeis marcharos.... mas tarde nos veremos.

El montañés no esperó á que le repitieran la in- vitacion; de un salto se plantó en el sendero y des- apareció por entre los árboles.

—Pobre.... pobre Zacarías!... murmuraba el juez; ¡tus ilusiones se han desvanecido!...

Y se acostó de nuevo sollozando, cubriéndose la cabeza con la manta para que no le oyeran.

A eso de las siete, cuando estuvo un poco mas sereno, bajó, y encontró á Yeri con su mujer y su hija, le esperaban para almorzar.

El anciano apartando la vista de la joven, se adelantó hacia el guarda y le dijo:

—Amigo mio, tengo que deciros una cosa.... ¿Co- noceis al hijo del guarda-bosque de Grinderwald?

—Karl Imant?... sí, señor.

—Es un guapo muchacho.... y de buena con- ducta.... segun creo.

—Yo tambien lo creo, Sr. Sciler.

—¿Se halla en estado de suceder á su padre?

—Sí: tiene veintin años.... sabe leer, escribir.... está acostumbrado á las faenas del monte.... pero esto no basta.

—Por qué?

—Se necesitan protecciones.

—Pues bien, amigo mio; yo he conservado algu- na influencia en la administracion superior del ra- mo de bosques y plantíos.... De aquí á dos ó tres semanas Karl Imant será guarda-bosque en Grin- derwald.... y os pido para él la mano de Carlota.

Al oir esto, Carlota, que desde el principio se habia puesto muy encarnada y que temblaba como las hojas en el árbol, dió un grito y cayó en los brazos de su madre.

El guarda se volvió, y mirándola con severidad, la dijo:

—Qué es esto, Carlota? No quieres?

—Ay! es al contrario, padre mio.

—En hora buena, pues yo nada puedo negar al

señor juez Zacarías.... Ven aquí.... y da gracias á tu bienhechor.

Carlota acudió, y el buen anciano, atreviéndose entonces á estrecharla sobre su corazón, la estuvo mirando mucho tiempo con los ojos velados de lá- grimas.

Luego, pretextando que urgía hacer la peticion que habia prometido, se marchó, sin llevarse mas que un pedazo de pan para su almuerzo.

Quince dias despues, Karl Imant recibia el des- pachito de guarda-bosques en reemplazo de su padre en Grinderwal, y ocho dias despues se casaba con Carlota.

Los convidados bebieron el rico vino de Rikevir tan estimado por Yeri Foerster, y que parecia haber llegado oportunamente para la boda.

Zacarías Sciler no pudo asistir á la fiesta, por- que se hallaba indispuerto aquel dia.... Desde en- tonces va pocas veces á pescar... y siempre á Brun- nen.... hacia el lago.... á la otra parte de la mon- taña.

FIN DE LOS DESPOSADOS DE GRINDERWALD.

SONETO.

Si siempre ¡oh Fabio! un tonto me encocora,
Te aseguro tambien, por vida mia,
Que me inspira mayor antipatía
Quien presume de sabio á toda hora.

Yo conozco escritor que se enamora
Tan solo de su prosa ó poesía;
La agena produccion siempre le hastia;
Lo suyo solo con placer devora.

De estos sabios, finchados Salomones,
No esperes, no, la crítica severa
Que ilustra con prudentes reflexiones.

Su crítica será sañuda, fiera,
Y si buscas consejos y lecciones,
Ya verás, ya verás lo que te espera.

MAXIMILIANO CARRILLO DE ALBORNOZ.

LA NIÑA DEL BOSQUE.

Camino del bosque ameno,
siempre me parece largo,
y es que al fin me espera siempre
la niña que adoro tanto.

¿Ves aquellas casas blancas
que están tras aquel cercado

rodeadas del perfume
y el fresco verdor del campo?

Son la mansion de mi niña,
morena de ojos velados,
la de la boca risueña,
la de los dulces encantos.

En el bosque florecido
brilla de mi estrella un rayo,
y allí se oculta mi amor,
que está mi amor emboscado.

Los luceros de FELINA
van mi destino alumbrando....
perderé mis ilusiones
si á su clara luz no alcanzo.

Que ella es la hermosa esperanza
que en mi pobre lira canto,
y sé que es vivir muriendo
vivir desesperanzado.

EDUARDO BUSTILLO.

LEONOR.

Al Señor Don A. de la P.

I.

Hace dos años que la ví por la vez primera.
Era pura y seductora cual los regalados acentos
de los castos amores.

Leonora estaba en la primavera de la vida.

La esmerada educacion que sus padres la dieran,
la habia formado morigerada y respetuosa.

A no conocer la santidad de su corazon, se la hubiese creído una hipócrita.

El amor, ese fuego intenso que tanto inflama
nuestro pecho, y que muchas veces nos envuelve
en tormentosos pesares, aun no habia tenido cabida
en su alma.

Jamás el hórrido volcan de las pasiones la habia
dominado.

Vivia felice en un mundo ideal lleno de purísimos
goces.

La privilegiada imaginacion de Leonora la habia
hecho adelantar grandemente en la completa enseñanza
que recibiera.

Sus padres estaban locos de alegría.

Leonora era el único vástago con que el cielo habia
favorecido una union de veinte años, nunca turbada
por el mas pequeño sinsabor.

Habitaban una bonita casa, extramuros de la
ciudad.

Allí gozaban de los deleites con que convida el
campo.

De aquesta suerte vivian alejados del bullicio é
impuros placeres que engendra la loca sociedad.

Leonora siempre estaba alegre y jovial.

No la distraian mas que las flores de su envidiable
jardin y sus primorosos bordados.

Corren así plácidos dias y nada turba la paz y el
contento de aquel delicioso edem.

II.

Ha pasado algun tiempo y ya la hermosa Leonora
frecuenta la ciudad.

Sus padres la llevaron á la fiesta de los deposorios
de uno de sus parientes, y desde entonces quedó
enamorada de la bulliciosa sociedad, y de los
placeres que la acompañan.

Se vió hastiada de vivir en el retiro, y no le
cantaban como otras veces, ni la distraian, las labores
ni el jardin.

La ponzoña del mundo habia vertido algunas
de sus gotas en su virginal corazon.

Nada le aprovechaban las paternales observaciones,
porque mas y mas encendian sus ardientes deseos.

El esmalte precioso de su mágica belleza iba oscureciéndose
con una mortal palidez.

La animacion tan innata en ella iba paso á paso
extinguiéndose.

Todo anunciaba que la tormenta iba á estallar.

No tardó demasiado en suceder.

Una grave enfermedad aparece repentinamente.

El ángel de la muerte quiere batir sus negras
alas en torno de aquel casto lecho devorando su presa.

Una fiebre maligna la mataba lentamente, y
cuantos remedios se le aplicaban no producian mayor
resultado.

El mal se hacia sentir con fuerte violencia y la
infeliz Leonora padecia horriblemente.

Ella, antes tan robusta, parece ahora la escuálida
efigie de la muerte.

Dotada de un vigoroso natural y en el apogeo
de la juventud, muy poco á poco la naturaleza iba
descartándose de aquella mortal y aterradora enfermedad.

A los veinte y ocho dias, la fiebre empieza á perder
su dominio y á presentarse la mejoría.

Leonora logra ir recobrando algunas fuerzas.

La convalecencia fué muy penosa y la pasó en
aquella hermosa casa de campo, por serle muy benéfico
el aire puro que en ella se respiraba.

III.

Leonora consigue escapar de las garras de la
muerte.

El tiempo ha ido borrando los vestigios de la
enfermedad.

En su célica faz se ostenta de nuevo los destellos
encantadores con que natura la adornara.

Temerosos sus padres de una nueva catástrofe

abandonan aquella apacible y seductora morada trocándola por la ciudad.

Leonor ha entrado en la sociedad.

La que antes no pensara mas que en sus inocentes entretenimientos, anhela ahora los momentos de lucir sus galas y belleza, y escuchar los galanteos de aquellos que la convidan con amor.

Dó quier dirige sus plantas, allí halla un coro de adoradores.

Una sonrisa que dejen deslizar sus purpurinos labios, estáticos las recojen aquellas almas enamoradas.

Todos miran en ella el reflejo de una pasión correspondida.

No hay sarao, paseo ni reunión donde Leonor no se lleve las miradas de todos, y donde oiga mil amorosas protestas de amor.

Ella, sin embargo, á todos escucha friamente, porque su corazón lo posee un primo suyo á quien ha consagrado una loca pasión.

Desecha ventajosos partidos, y está resuelta á abrazar el de su primo, que es un jóven de gallarda figura; pero un tipo fiel de la depravación.

Leonor, sin embargo, lo adora ciegamente.

Hay hombres que por dó quier van sembrando la virtud; mas otros son el oprobio de la sociedad por sus infernales devaneos; y en este número se cuenta el jóven pretendiente.

Los padres de Leonor están al fin de estos amores y tratan de desconcertarlos.

La nueva desgracia que amaga descargar sobre la desventurada Leonor, bien la presagian!

Visiblemente parece que todo ha terminado.

Leonor, no obstante, á hurtadillas de sus padres alimenta este fatídico amor.

IV.

Seis meses hace que Leonor consagrara su corazón á su primo Ricardo, y tratan de himeneo.

Ricardo, encubiertamente, parece que en este tiempo ha variado de conducta, y de furioso libertino se ha convertido en virtuoso cenobita.

Los honrados padres de Leonor creen verdadera esta notable, mas falsa mudanza, y no queriendo oponerse inútilmente á la resolución irrevocable de su hija, otorgan su licencia.

Un mes despues tiene lugar la brillante ceremonia del desposorio.

Leonor y Ricardo están ya ligados por lazos que solo á la muerte es dado desatar.

Abandonan la casa paterna estableciéndose los consortes en una bonita casa, donde marchan acompañados de las bendiciones de unos seres virtuosos, que hacen sinceros votos por la felicidad de sus hijos.

La negra fatalidad ha de seguir á Leonor, y su malhadada estrella ha de alumbrarla con sus tristes rayos.

Tres meses no vivieron en buena paz.

Ricardo, dueño de una considerable fortuna vuelve nuevamente á entregarse á su pasada vida disoluta sufriendo Leonor amargos sinsabores.

El mal crece de dia en dia.

Ricardo corre por la senda de los vicios como caballo desbocado sin freno.

Han llegado las cosas á su último extremo.

Leonor no puede sufrir el mal trato de su marido y entablan el divorcio amistoso.

Ricardo consiente en ello, pues mira la manera de seguir con toda libertad su desenfrenada carrera.

Leonor vuelve de nuevo á la casa paterna.

Sus padres la reciben con tiernas caricias sin proferirle jamás una palabra de cuanto habia pasado, pues resalta á primera vista el estado deplorable en que se halla.

Una huella tan profunda ha grabado en el corazón de la jóven el proceder criminal de su marido, que cada instante la desmejora notablemente, hasta hacerla postrar en el lecho del dolor.

El padecer toma cuerpo hasta tal extremo, que si la naturaleza, antes pudo desechar el mal, ahora le faltan las fuerzas, y abatida despues de crueles padeceres, hace sucumbir á Leonor víctima de una lánguida y atormentadora agonía!!

Al pié de una helada tumba se ven todos los dias dos seres desgraciados.

Son los padres de Leonor que van á regar con el llanto de un profundo dolor, la huesa donde reposan los restos de su adorada hija!!

Pobre Leonor!!!!

J. A. M.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Por la miseria entra la peste.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

